

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

AGRICULTURA.

NECESIDAD Y UTILIDAD DE LOS ARBOLES.

La naturaleza que ha repartido con tanta sabiduría sus bienes, y que ha proporcionado el modo de remediar los males que molestan al hombre, no contenta con dar á los vegetales las cualidades nutritivas que nos alimentan, y un sin número de otras que sirven para aumentar nuestras comodidades y placeres, ha dispuesto de tal modo sus dimensiones, que esta sola circunstancia basta para producir inmensos beneficios, que el hombre estúpido é irreligioso suele mirar con la mas culpable indiferencia. Los árboles, este adorno magestuoso de los campos, estos conductores de frescura y fertilidad, son tan necesarios en la economía del mundo, que el hombre que estudia el arte de hacer felices á sus semejantes, no puede menos de fijar su atencion en uno de los mas poderosos recursos, puestos á nuestro alcance, para dar una latitud inmensa á nuestra industria, y aumentar considerablemente el bien estar de los individuos, y el de las naciones.

Si tratásemos de persuadir una verdad nueva y desconocida, cuando vamos á recomendar la propagacion y conservacion del arbolado, solo echaríamos mano de un argumento, que nos parece bastante enérgico y poderoso, y se reduciría, á señalar los países que carecen de estos utiles vegetales, sea por el criminal descuido de los habitantes y del gobierno, sea por alguna otra causa. El aspecto que ofrecen á los ojos del viajero estas desventuradas regiones, dice mas que todo lo que podria inventar la mas sublime elocuencia. Todo está ligado en el orden natural de las cosas. La falta de árboles trae consigo la sequedad, y de sus resultas la falta de vegetacion inferior, la aridez, las enfermedades, la despoblacion, la miseria. Una sola calamidad arrastra en pos una larga cadena de desventuras. Los fines de la sociedad se pervierten y frustran; el hombre degenera: su imaginacion se aletarga; sus vínculos se disuelven, y desaparecen, con las ocupaciones utiles y sedentarias; los goces que ennoblecen nuestro ser, y hermocean nuestra vida.

Considerados como vehiculos de humedad y frescura, los árboles son de la mayor importancia en todos los países, y de una necesidad indispensable en los meridionales. Una vasta estension de terreno desnudo, produce una fuerte reverberacion de los rayos solares. La accion de estos se gradua y llega á ser mas intensa á medida que el terreno se calcina y se despoja de los restos de humedad que conservaba. Los vapores no se fijan, porque el calor reverberado los disuelve, y desde entonces, la tierra solo ofrece la imagen de la muerte y de la desolacion. No ha sido otro el origen de esos inmensos mares de arena que cubren una gran parte de la superficie del Africa, oponiendo una barrera eterna á la civilizacion, y perpetuando los crímenes, la degradacion, la pobreza, la esclavitud y el fanatismo.

Por el contrario, cuando los árboles cubren el suelo, el calor solar disminuye, por la refraccion de una superficie variada y fresca. La atmosfera superior adquiere la densidad necesaria para congregar y fijar los vapores. Disuélvense éstos en lluvias saludables que riegan el suelo, fecundando los gérmenes que encierra. La agricultura encuentra preparados todos los elementos y recursos de que ha menester para llegar al mas alto grado de perfeccion. Los cuadrúpedos, sin los cuales toda perfeccion agricola es una quimera, hallan pastos abundantes. Los rios conservan sus raudales y ofrecen riegos preciosos, y utiles medios de comunicacion, y de aqui se origina una serie de bienes, diametralmente opuestos á los males que acabamos de describir. Bien lo conocieron asi los legisladores antiguos, cuya sabiduria, bajo muchos aspectos, desmiente á cada paso la perfeccion de nuestras teorías políticas. No hablaremos de las leyes promulgadas en Egipto, en Grecia, en Roma, con este importante objeto. Solo citaremos una autoridad mas respetable por mas que la desdeñe el orgullo filosófico. «La ley de los Judios» dice un escritor moderno(1), «favorecia especialmente los árboles, y sobre todo, los frutales, aun en pais enemigo. Estas precauciones legislativas y este favor concedido á los grandes vegetales no impidieron la destruccion de los bosques, en términos que los habitantes de la Palestina, se vieron obligados á quemar el estiércol seco de los animales, por falta de otro combustible. Entonces el suelo perdió su fecundidad, y la agricultura declinó rápidamente.»

Este gran beneficio de la humedad, de que los árboles son perpetuos conductores, no es el único que producen. Sus frutos nos alimentan, sus troncos forman nuestras habitaciones y los instrumentos de toda clase de industria, sus ramas sirven para todas las aplicaciones de la combustion, sus hojas, su corteza, sus raices, y hasta las plantas parásitas que viven de su sustancia ofrecen innumerables ingredientes á las artes y á la medicina. La solidez que dan al suelo de los terrenos elevados los tegidos que forman entre sí sus raices, evitan que las aguas arrastren la tierra, obstruyan el curso de los rios, y ocasionen las inundaciones que tantas veces arruinan las cosechas, y son el origen de los mas espantosos azotes. Su sombra sirve de amparo á un sin número de vegetales, que perecerian sin ella; su copa es el asilo de las aves que esterminan los mas perjudiciales insectos(2). Sus despojos alimentan á otros que proporcionan copiosos manantiales de riqueza y de actividad.

La incomprendible variedad de estas admirables producciones de la tierra, multiplica hasta lo infinito las ventajas que de ellas puede sacar la industria del hombre. Los unos

(1) De l'Economie Publique et Rurale des Arabes et des Juifs, par L. Reinier. Genève, 1821.

(2) Esta consideracion no es de tan pequeña importancia como puede parecer á primera vista. Un naturalista Ingles, Mr. Bradley, ha observado que un par de gorriones llevan al nido 40 orugas por hora. Estas aves se emplean asi durante 12 horas; por consiguiente consumen 480 orugas diarias y 3360 por semana.

dan maderas solidísimas que resisten á la intemperie y á toda fuerza humana; los otros maderas hermosas, cuyos colores variados y delicado pulimento adornan nuestras habitaciones.

Aquellos vierten á raudales el líquido precioso que alimenta á muchos pueblos, y que alumbra á casi todos; estos ofrecen jugos esquisitos que calman la sed, y entonan las fuerzas. El pan y la cera (1); los filamentos para excelentes tejidos, la resina, los medicamentos mas eficaces, como la quina y el alcánfor, azúcares que reemplazan al que dá la caña, perfumes deliciosos, abonos excelentes, tintes de todas clases, tales son los productos de los árboles, abandonados al estado de la naturaleza. Por poco que el cultivo los ayude ¿quien puede enumerar las frutas sabrosas que cubren sus ramas? ¿Y como es posible que se miren con negligencia tan grandes instrumentos de riqueza y prosperidad!

¿Qué sería de la navegacion, este vínculo poderoso y activo que une los intereses de todos los pueblos, este manantial inagotable de abundancia, si escaseasen los troncos robustos que sirven al cambio de los productos de cada hemisferio? ¿Y cuan interesadas no están las naciones en poseer en su seno los medios de satisfacer tan imperiosa necesidad, sin depender de otras que pueden negarselos, y privarlas de los medios de defender su seguridad é independencia(2)?

El artículo del combustible que dan los árboles es tambien de suma importancia, donde la naturaleza no ha suministrado el gran beneficio de las minas de carbon fosil. En muchos países de Europa, cuyos gobiernos han mirado con descuido la conservacion de los bosques, empiezan ya á sentirse los funestos resultados de esta indisculpable negligencia. En el dia, la necesidad de combustible es mucho mayor que en los siglos pasados, por la introduccion y uso de las máquinas de vapor, sin las cuales ningun pueblo podrá poner su industria al nivel de la de aquellos que han sabido aprovecharse de tan gran descubrimiento. Causa pena ver en España una provincia tan fértil, tan rica, tan abundante en toda clase de productos como la Mancha, y tan exausta de leña que la paja y el estiércol son los únicos combustibles de que pueden echar mano sus habitantes. Una haz de sarmientos hace tanto papel en sus cocinas y chimeneas, como un tronco enorme de encina ó de haya, en los pueblos rodeados de bosques.

Estos influyen de un modo tan eficaz en la salud pública, que solo por los beneficios que pueden hacer en ella, deberían ser objeto especial de la proteccion de los legisladores. Quizas tiene fundamento la opinion general que atribuye á los bosques la fiebre amarilla de los Estados Unidos, pero contra este solo ejemplo, que, sin duda depende de la cooperacion de otras circunstancias, se pueden citar mil, en que la falta absoluta de arbolado, perpetúa las enfermedades y hace degenerar las razas. Los árboles suavizan la aspereza de los vientos secos del Norte, mortales enemigos de los pulmones delicados y de los nervios irritables, debilitan el furor de los vientos, templan el calor abrasador de los países cálidos, en una palabra, neutralizan toda accion maléfica de la atmósfera, y mantienen en ella aquel grado de humedad y de frescura, tan necesario para la conservacion de la vida. Las frecuentes y horrorosas pulmonias de Madrid, no proceden sino de la desnudez de la llanura en que está colocado, la cual, ademas de su elevacion de mas de 300 toesas sobre el nivel del mar, se halla cerrada por una cadena de montes, coronados de yelo eterno, y los desoladores vientos del Norte no hallan barrera alguna que embote las armas poderosas con que destruyen tantas víctimas. Los árboles que necesitan mucha humedad, secan en poco tiempo los pantanos, y convierten en halitos

(1) El árbol del pan es un palmero que se da con mucha abundancia en las islas del Océano Pacifico. En cuanto á la cera vegetal, véase la descripcion de Humboldt, del palmero que produce esta sustancia en la América del Sur.

(2) La marina Inglesa se provee de maderas de construccion del Norte de Europa y del Sur de América. La única posesion Inglesa que los posee es el Canadá, y ni en cantidad ni en calidad pueden rivalizar con los de aquellos dos países. El magnífico arsenal de Woolwich ofrece un notable ejemplo del particular esmero con que los Ingleses estudian la naturaleza de las maderas de que hacen uso. La pieza en cuyo suelo están trazados los cortes proporcionados á cada especie, se llama el *sancta sanctorum*, y ningun extranjero es admitido en ella.

benéficos las mortíferas exalaciones del agua estancada, cubren de tierra vegetal la superficie, y preparan abundantes cosechas en el suelo cubierto antes de juncos y corrupcion.

No nos parece menos grave que las observaciones precedentes, otra, que aunque de diferente orden, tiene mucha parte en la economia social de las naciones cultas. Tal es la residencia en el campo, la aficion á la vida campestre, que arrancando los hombres al torbellino de las grandes ciudades, purifica al mismo tiempo, la sangre y las costumbres, hace que el dueño se aficione al terreno, y procure mejorarlo, sacando de sus jugos todo el partido posible, esparce, y por consiguiente, aumenta la poblacion, estrecha los vínculos de las familias, fomenta las virtudes domésticas, y da á conocer, por la esperiencia diaria, el valor de los bienes realmente sólidos y apetecibles, desengañando de las quimeras de la ambicion y de la vanidad, y llenando la imaginacion de imágenes risueñas y apacibles que tan intimamente se ligan con los sentimientos suaves. Los adelantos que ha hecho la agricultura en Inglaterra, solo se deben á la residencia de los grandes propietarios en sus haciendas. Ellos son los que han aplicado sus investigaciones y sus capitales á la introduccion de instrumentos aratorios y vegetales desconocidos, á la mejora de las costas de ganados, á la construccion de depósitos de agua y canales de riego, en fin á la adopcion de todos los recursos que pueden aumentar las producciones. ¿Y quien es el que puede residir con gusto en el campo, cuando este en vez de proporcionarle deleites, solo le acarrea incomodidades, tristeza, polvo, sequedad, y todas las consecuencias inseparables de estos males?

Ni sirva de disculpa á los enemigos de las innovaciones la mala calidad de los terrenos, pues no hay uno solo que no sea favorable á la nutricion de cierta especie particular de árboles. Escójase en su infinita variedad la especie adaptada al suelo en que ha de crecer, y se verá que hasta los defectos del terreno se corrigen, cuando se cubre su superficie de hojas y ramas secas, cuando la sombra sirve de amparo á otros vegetales inferiores, cuando la amenidad sucede á la desolacion y á la esterilidad.

No podemos concluir este artículo de un modo mas interesante á nuestros lectores que citándoles un ilustre ejemplo de la proteccion y aprecio de que goza en Inglaterra este ramo de agricultura. La sociedad instituida en Londres para el estímulo de las artes, manufacturas, y comercio, de la que nos proponemos hablar en otro artículo ofrece todos los años, entre diferentes premios, uno que consiste en una medalla de oro, al cultivador ó hacendado que plante mayor número de árboles en las tierras de su pertenencia. Este premio fué concedido el año de 1820 al Duque de Devonshire, uno de los mas opulentos personajes del imperio Británico, por haber plantado en su hacienda de Inglewood, 1,981,065 árboles de diferentes especies. El terreno en que se hizo este inmenso plantio, era de tan mala naturaleza que despues de haberlo experimentado en varias clases de cultivo, no se habia podido obtener ningun resultado ventajoso; mas sin embargo, se escogieron aquellas especies de árboles que podrian crecer en el, y la esperiencia demostró muy en breve el acierto de esta eleccion. Pocos años bastaron en efecto para convertir una superficie esteril de greda, arena y guijaros, en una selva amenísima, cuyos productos serán con el tiempo muy considerables. Preparóse el terreno, abriendo zanjas para conducir el agua, y quemando la raigambre de mala yerva que lo cubria. En seguida, proporcionando acertadamente las distancias, se hizo el plantio de encinas, hayas, castaños, alerces, abetos, olmos, fresnos, alisos, alamos, chopos, sauces, sicomoros, pinos de diferentes clases, y especialmente de la llamada pino de Escocia, de lo cual se plantaron 504,208 pies, fundando esta preferencia en la ventaja que proporciona el pino de Escocia, en ofrecer su defensa y apoyo á otros árboles que no pueden prosperar solos en situaciones elevadas. Los directores de esta vasta empresa esperan que, dentro de pocos años, la calidad del terreno se hallará completamente mejorada en términos de poder alimentar árboles y plantas mas utiles y productivas.

Estudios Históricos.

DOÑA BLANCA DE BORBON.

I.

El reinado borrascoso de don Pedro I de Castilla, marido de aquella desventurada princesa, conocido por unos con el dictado de *Cruel* y por otros con el de *Justiciero*, está sembrado de curiosidades históricas; que en otro artículo me propongo esclarecer. — El suceso tremendo de la reina *doña Blanca* es un lunar que empañará siempre la diadema de aquel valiente, pero desgraciado monarca; si bien hay que disculparle por el genio fogoso que le dominaba.

No había cumplido quince años el príncipe *don Pedro* cuando subió al trono, por la muerte natural de su padre don Alonso el XI llamado el *Vengador*, y desde el mismo día que se alzaron los pendones de Castilla por el joven inesperado monarca, se agitaron fuertemente los partidos en la nación porque ambicionaban la corona sus tres hermanos bastardos, distinguiéndose entre ellos don Enrique conde de Trastámara. — Aleutados por su madre *doña Leonor de Guzman*, dama que fué del rey don Alonso, no omitieron nada que no pusieran en juego para destronar á don Pedro. Ellos atizaban en secreto las pasiones de los *ricos-hombres* y señores territoriales, halagando la ambicion personal, y prometiéndoles grandes mercedes si contribuían á su fin: ellos se rebelaron una y otra vez contra el rey su hermano poniéndose á la cabeza de los amotinados; y ellos, en fin, enroscaron ciegamente la melena del león de Castilla, para que rugiendo despues, despedezase entre sus garras cuanto á su vista se le presentara. La desgraciada *doña Blanca* fué víctima inocente de la tela que á su sombra urdieron los ambiciosos; y en último resultado sucumbió al influjo de la ira de su esposo, porque los descontentos con *don Pedro* la tomaron por bandera en su partido. — Las sublevaciones continuas de los castillos feudales: las conspiraciones que de día en día se fraguaban por los infantes bastardos; y últimamente el comportamiento poco noble de los señores territoriales hizo que don Pedro á fuer de golpes y desengaños, trocase su natural bondad en un caracter inexorable é iracundo. Recelaba de todos y nunca pudo capitular con la mentira. La ingratitud era para él uno de los crímenes mayores en el hombre; y en esto iba conforme con la opinion de los mejores oradores romanos, que mirando la ingratitud como el tronco de todos los vicios, la castigaban severamente.

Enamorado *don Pedro* en sus juveniles años de *doña Juana Manuel*, señora de Villena, cuya hermosura eclipsaba las bellezas de la corte sevillana, pensó en escogerla por esposa. — Para quebrantar la ilusion que de este enlace concibiera el rey, manejó *doña Leonor* sigilosamente el matrimonio del conde don Enrique con aquella dama, sin otra intencion, que por pisar los primeros amores del monarca. Resentido *don Pedro* de un proceder que tanto se oponia á su primera voluntad, no podia olvidar á la hermosa *doña Juana*, robada por su hermano con menosprecio de la persona real. — Creia, y esto es muy propio en los pocos años, que no habia ya felicidad para él. Manifestó desde luego el justo enojo á los bastardos, y temiendo su venganza, huyeron por segunda vez á sublevar los estados. El conde don Enrique se fué á Guíjon, en el principado de Asturias, y sus hermanos don Tello y don Fadrique se dirigieron á encender la guerra en el maestrazgo de Santiago y en las fronteras de Aragon.

Era, pues, una necesidad política buscar el medio de cortar las turbulencias que amenazaban al reino, porque las defecciones de los castillos y plazas se sucedian con rapidez. — Para atajar en su plan á los sublevados tratóse de casar al rey don Pedro. El canciller mayor y el caballero don Juan Alonso de Alburquerque persuadieron de ello á la reina madre *doña María*. Convocado el consejo para tratar de un asunto tan grave, decidieron por unanimidad que se mandasen embajadores á Paris, á fin de pedir la mano de una princesa de Francia. Salieron inmediatamente con esta

árdua mision, el obispo de Búrgos, don Juan de Roelas; y el caballero de Cuenca don Alvaro Garcia Albornoz, con el cargo especial, que de las seis hijas que tenia el duque de Borbon, príncipe de la sangre real, pidiesen aquella que fuera mas digna de ceñir en sus sienas la corona de Castilla. — El duque recibió muy afectuoso la embajada de don Pedro y habiendo presentado sus hijas con aquella ostentacion y ceremonias de estilo, escogieron sin vacilar á la princesa *doña Blanca*, sobrina del rey Carlos V de Francia, cuya amabilidad y rara hermosura no era fácil encontrar entre las mugeres de su siglo. — Firmados, por fin, los contratos matrimoniales, todo fué contento en la familia por el porvenir lisonjero que este aventajado enlace presentara. Tambien los embajadores se complacian á su vez por la creencia que tenían de haber desempeñado á satisfaccion de su rey comision tan delicada. — ¡Quién hubiera dicho al oido de la ilustre princesa que habia de haber sido tan desgraciada en un matrimonio, que ella misma miraba como su felicidad suprema...! — Asi burla la fortuna las halagüeñas esperanzas, y juega con aquello mismo que mas apreciamos!

II.

La estrecha alianza que hicieron los infantes bastardos con los ricos-hombres de Andalucia y Asturias los dió valor en su empresa de destronar á *don Pedro*, antes que se realizara el matrimonio ya concertado con la princesa *doña Blanca*. El joven don Pedro no desmayó porque los conjurados levantasen banderas contra su persona: reunió sus tropas en enero de 1352, y despues de revistarlas en Sevilla empuñó la lanza poniéndose al frente de ellas. Marchó veloz á contener los progresos del movimiento de Asturias, como mas peligroso, porque se encontraba don Enrique en la fortaleza de Gijon; mas á su llegada capitularon, poniendo por única condicion que se les habia de perdonar las vidas; capitulacion que fué aceptada y religiosamente observada por el rey don Pedro. — Cuando regresaba victorioso hizo parada en la villa de Sahugun en casa de su privado el caballero Alburquerque. Allí fué donde vió por primera vez á la graciosa doncella *doña María Padilla*. Prendado el rey de su hermosura, bien pronto se olvidó de la presunta esposa *doña Blanca*. Loco con sus nuevos amores ni pensaba, ni hablaba de otra cosa con los privados de su guardia, que de las gracias de la doncella; pero como observase el rey su grande honestidad, y que huía de su presencia, este modo de conducirse le interesó mas, tanto que la mandó llamar á su cámara. — Siempre obediente *doña María Padilla*, se presentó llena de rubor al monarca, engalanada con su toca de tisú de plata, vestido de terciopelo negro, cuya larga cola portaban dos graciosos pagecillos. Tanto resaltó su hermosura, que el joven *don Pedro* no pudo hacerse superior á su presencia.

María...! la dijo con semblante muy alegre, ni el esplendor que dá un trono, ni todas las bellezas aquí reunidas, podrian herir mi corazon de un modo tan sincero como el que observo en tu presencia. — Mi amistad te ofrezco, hermosa *María*, y desde ahora me contemplaria dichoso si consiguiera tu amor.

— Señor, le contentó con los ojos bajos, la alta esfera de V. A., no permite que condecienda en un amor pasajero que me haria desgraciada y mancillaria mi honor. — V. A. es prudente, es generoso, y no abusará de su elevada posicion, porque... es un imposible que yo ponga en V. A. los afectos de mi corazon.

— ¡Vive Dios! hermosa *María*, que mi declaracion es franca; pero si razones de estado te apartan de mi cariño, la corona de Castilla pondria á tus pies para que concedieras á don Pedro lo que niegas á tu rey.

— De nada siaven los deseos, señor, si la política del estado reclama otra muger mas digna que yo, en quien V. A. pueda depositar su noble amor.

— ¿Con que es decirme que no fias en mi palabra y que repudias mi pasion?

— Es hablar, señor, le replicó, con el lenguaje de la verdad, pues en mi conviccion no cabe el acceder á los deseos de V. A.

— Pues bien.... vete, y no enfades mi corazon con respuestas desdeñosas.

Hizo doña María Padilla una profunda reverencia y se salió sin hablar más.

La resistencia de la ilustre dama á los amores del joven don Pedro, dieron ocasion al valido don Juan, y á su tío don Juan Hinestrosa, para vincular la gracia del rey. Estos hombres protervos, no pudiendo doblar la voluntad de la Padilla, aconsejaron al joven monarca que se casase en secreto. Ciego este en su propósito, y sin reparar en las futuras consecuencias, no dudó en condescender á ello, labrando desde aquel momento la desdicha de la princesa doña Blanca y los males sin cuento que de tan impolítico paso se siguieron al país.

Dispensó don Pedro un cariño grande á la prudente doña María llevándosela con él á Sevilla. Pero recibida la noticia (en mayo de 1353) del arribo á Valladolid de la presunta esposa doña Blanca, que en su viage vino acompañada por el Vizconde de Narbona y por el maestro de Santiago don Fadrique, es muy de notar que los mismos privados que abusaron de la sencillez de los pocos años, alimentando en su origen los amores de Sahagun, los mismos le aconsejaron que pasára á Valladolid á celebrar la boda por exigirlo así el bien público. — Fué el rey don Pedro á Valladolid: dió la mano de amigos á los infantes bastardos, y aun cuando estaba casado en secreto con doña María Padilla; no pudo negarse á la ratificación de los desposorios con doña Blanca, pues se habia dado cuenta á las córtes y era público el matrimonio en Castilla y en el extranjero.

Triste y pensativo el joven monarca ninguna inclinacion ni afecto amoroso mostró en su primera vista á doña Blanca, aun cuando su hermosura no tenia rival. Celebróse por fin la boda en la mañana del 3 de junio siguiente, pero con muy poca pompa y menos aparato. Esto dió lugar á que el vulgo, viendo el disgusto de don Pedro, pronosticase muchas desgracias; y no se engañó por cierto en ello. A los dos dias precisamente de verificada la boda, sin haber dado tiempo á que pasára la fiesta, trató de marcharse al castillo de Montalban en donde habia dejado á la Padilla. Cuanto hiciera la hermosa doña Blanca por coger las llaves del corazon de don Pedro fué sin éxito alguno porque enloquecido con sus amores ni aun miraba á la reina cara á cara. — Llevó adelante su proyecto, sin que los ruegos ni las lágrimas de su tia doña Leonor de Aragon fueran bastantes á detenerle. En la noche del 5 montó á caballo sigilosamente y desapareció sin hablar con nadie. Luego que en la mañana del 6 se hizo público en Valladolid la fuga del rey, todos los infantes corrieron en su busca.

(Se concluirá en el número inmediato.)

Romance.

Es torrent que p'es vâll passa

há tres dias que vé gròs,

¡Ay màre, la méua màre,

no sé perque no'y fân pònts!

—¿Qu' es estâd, fillêta dolça?

Qu' es estâd, qué no respòns?

—Ay mumàre! si'u sabésseu

ploreriau com jó plòr.

—S'en hà duit s'aygo es capell

que t' và fé 'n Jòrdi de s'hòrt?

¿No's vè, garrideta méua?

¡Oh! no plòres per axò.

—Si fos aquèsta ma péna

pòch seria es desconsòl,

que'n Jòrdi encàra té paumas,

y á la vila venen flòchs.

—¿Idò que téns? Tu'm retgiras:

diguemó que 's èdr em dól.

Ni cuant vá morí ton pare

tenias colors tan gròchs.

—Cantând glòsas m' en venia

em'sa chapêta en es còll,

y m' hà deixâd nâ Tonina

cuând d'es torrent éra próp.

—¿Però que téns? tu tremolas,

—Es torrents sèmpre em fân pò:

que hey tendria una desgrâci

cóm que mó digués es còr.

Còm no'i hà sòls una biga,

ni passadaras tàmpòch,

lo primé m' hé descalsâda,

invocând de Déu es nóm.

Hem gir per mirâ si 'm veyan

y no veig ningú pe'r llòch,

y sòls lluy d' unas euveyas

hé sentid es picaròls.

¡Ay mumàre! es séu pastó

allà s'estava á radòs

d'una màta, qui 'm mirava,

mirava com un badòch.

Fâssa Déu que'ts uis li surtan,

que ets séus uis hem còstan plòs;

y si 'l se pòsa á sa boca,

li torn sèrp es fabiól.

—No flastomas, garrideta,

no flastomas. Déu no 'u vól:

però digués, continúa

que téng un esglây de mórt.

—Es péus tenia dins s'aygo,

¡ets anâgos son tan bòn!

Axí com endins me feya,

els alsava á pòc á pòc.

S'aygó en es jonoys m'arriba:

més anvànt hey tròp un clòt:

es torrent es feya fondo,

jà'm negava si no vòlt.

¡Mesquineta! Jò qui m creya

que s'aygó me cubria es còs.

Còm un miray n'era clàra,

y hem treia per dissòrt.

Arribâda á sa vorèra,

arribâda ja en bòn nòm,

vàix axugarme en so cañom,

y sés sebâtes hem pòs.

Méntras que estâva ajopida

sént que m'estreñen tàn fórt...

Era es pastó que m'agâfa,

y en so brâs en vòlta es còll.

Tot remuy, remuy anâva,

y cremâva com á fòch,

ets uis com que li botissan,

es pit li feya un rendu...

Sas parâulas que m'hâ ditas...

de totas no m'en recòrd,

em deya que era molt guâpa,

que éra guâpa com un sòl.

Que m'estimâva y volia

que anàs emb éll en es bòsch,

que triaria de se guarda

entre tots es milló chòt.

Jò sustâda no sabia

com defensarme llevó,

eridâva perque hem salvâssan

y sòls s'eco m' há respòst.

Hé vist que besâ hem volia

y ântes que se eâra hem tòch

li hé pégad en sa chapêta

com si sclafâs un terròs.

¡Ay mumàre méua dolça!

En es front li he dàd es còp.

Se sang á brolls li sortia,

y hé sentid un erit de mórt.

Gréu me sâp, si pogués âra

turarló en sang del méu còr...

però sòm fuita de préssa

¿vos no hagnereu fêt com jó?

MARIANO AGUILÓ.